

El marxismo como ciencia: desafíos históricos y desarrollo teórico*

Michael Burawoy**

Universidad de California, Berkeley

American Sociological Review, Vol. 55, n° 6, (dic. 1990), pp. 775-793.

Traducción de **Alan Rush**,

Universidad Nacional de Tucumán, Argentina

Este artículo examina la pretensión del marxismo de ser una ciencia. La primera parte considera posibles modelos de ciencia y argumenta que el más coherente es la metodología de los programas científicos de investigación de Imre Lakatos. En esta concepción, el conocimiento científico crece a partir de un núcleo duro de postulados protegidos de la refutación por el desarrollo de una serie de teorías auxiliares. Tal programa de investigación es progresivo y no degenerativo si las teorías sucesivas son consistentes con el núcleo, explican anomalías y hacen predicciones, algunas de las cuales se cumplen. En la segunda parte argumento que, con algunas modificaciones, la historia del marxismo -desde Marx y Engels al marxismo alemán y ruso, y finalmente el marxismo occidental- se adecua al modelo de un programa progresivo de investigación. En la tercera parte sostengo que las desviaciones respecto del modelo, tales como el marxismo soviético, se deben a la ruptura de la interacción recíproca entre la heurística marxista y los desafíos históricos.

La sociología clásica sostenidamente subestimó la pretensión científica del marxismo (Hughes 1958, cap. 3). Weber, Durkheim, Pareto y más recientemente Parsons acusaron al marxismo de sustituir la razón científica por la pasión moral y la metafísica hegeliana, de no tratar seriamente la evidencia empírica, y de no adoptar las técnicas de la moderna ciencia social. Los marxistas mismos se han trezado en feroz batalla alrededor de la cientificidad o no de su doctrina, a tal punto que convencionalmente se dividen en dos campos opuestos -los marxistas *científicos* que intentan establecer leyes del desarrollo económico análogas a las leyes de las ciencias naturales, y los *críticos* que niegan la existencia de cualquier determinismo estricto y se ocupan de la irracionalidad del capitalismo, de la brecha entre lo que es y lo que podría ser-. Determinismo *versus* voluntarismo, ciencia *vs.* revolución, materialismo *vs.* idealismo, el viejo Marx *vs.* el joven, han sido antinomias duraderas al interior del marxismo (Gouldner 1980, cap. 2). Sin embargo, sea desde la perspectiva de la sociología o desde el propio marxismo, las críticas a la ciencia marxista raramente se

* Envíese toda correspondencia a Michael Burawoy, Sociology Department, University of California, Berkeley, CA 94720. Las ideas de este artículo se desarrollaron en cursos de grado sobre marxismo, metodología y filosofía de la ciencia que dicté en la última década. Quisiera agradecer a todos los estudiantes que participaron en ellos. Asimismo el ensayo recibió considerables aportes críticos y constructivos del editor, compaginador, cinco árbitros anónimos de la revista, y de Julia Adams.

** Michael Burawoy es Profesor de Sociología en la Universidad de California, Berkeley. En la última década ha trabajado en fábricas húngaras y es autor con János Lukács del libro *The Radiant Past*, de próxima aparición. Es también coautor de un libro sobre la observación participante y el método de caso extendido (extended case method), *Ethnography Unbound*. [N. del T. El profesor Burawoy ha sido elegido presidente de

la *American Sociological Association* en 2004. Su página web personal, que contiene muchos y valiosos artículos y debates on-line, es <http://sociology.berkeley.edu/faculty/burawoy/>]

han explicado con cuidado, mucho menos se las ha examinado a la luz de la experiencia. Esa es la tarea de este ensayo. Pero requiere acudir primero a la filosofía, para clarificar los posibles sentidos de ciencia.

¿Qué debemos entender por ciencia?

“La historia de la ciencia sin filosofía de la ciencia es ciega” (Lakatos 1978, p. 102). Para encontrar sentido en la historia de cualquier pretendida ciencia y evaluar su estatuto epistemológico es necesario emplear una clara concepción de ciencia ¿Pero cuál concepción? La filosofía de la ciencia nos ofrece varios modelos. La primera parte de este ensayo intenta demostrar que la metodología de los programas científicos de investigación de Lakatos es el más coherente desde un punto de vista filosófico y lógico. Además, su metodología tiene la ventaja de proveer, incluso exigir, la evaluación de una *secuencia* histórica de teorías, no de una teoría sola. Demasiado a menudo el marxismo en su totalidad es condenado a causa de los supuestos pecados de una sola de sus teorías -la de Lenin, Stalin, Marx, Engels o quien fuere- en lugar de considerar a cada una como una parte de una tradición que evoluciona.

La filosofía bien puede proveer los modelos pero su relevancia debe certificarse: “La filosofía de la ciencia sin historia de la ciencia es vacía” (Lakatos, loc. cit.). Los filósofos demasiado frecuentemente apelan a ejemplos aislados de progreso científico para prestar apoyo a su particular concepción de

(776)

racionalidad científica sin siquiera intentar un análisis histórico serio. Como veremos, a menudo practican precisamente lo opuesto de lo que predicán -indicando cómo se *debería* hacer ciencia sin examinar antes cómo *realmente* se la hace-. Esto es particularmente notorio en los comentarios de los filósofos acerca del marxismo, que afirman su estatuto no-científico o pseudo-científico sin estudiar la relación entre sus modelos de ciencia y el desarrollo histórico del marxismo. Por tanto, en la segunda parte de este ensayo examino la historia del marxismo en relación con el modelo de racionalidad científica de Lakatos.

Esto da pie a la tercera y última parte, en que sostengo que el marxismo pierde su carácter científico cuando niega su propia historicidad, es decir cuando abandona el diálogo entre su propia racionalidad históricamente emergente y los desafíos históricos externos que enfrenta. En otras palabras, el marxismo tiene más éxito como ciencia cuando hay una equilibrada reciprocidad entre sus historias interna y externa. Trato de aplicar esto al desafío planteado al marxismo por la desaparición del “comunismo” en Europa del Este y la Unión Soviética. Pero antes debo considerar concepciones alternativas de ciencia.

De la inducción al falsacionismo

La filosofía contemporánea de la ciencia se ha desplazado de concepciones normativas que buscan *el* método de la ciencia, a caracterizaciones de base histórica que procuran establecer las condiciones lógicas para el crecimiento del conocimiento. Los tempranos modelos inductivos de la ciencia asociados con Hume, Mill y la escuela del positivismo

lógico (Nagel y Hempel) insistían en que las leyes científicas se derivaran del examen empírico de los hechos. Desde este punto de vista, se sostiene que el marxismo más que responder a los hechos, se impone a los hechos. Es ideología, metafísica, religión o pasión moral, pero no ciencia (Kolakowski 1978, pp. 525-6). Durkheim lo dijo sin ambages: “La verdad es que los hechos y las observaciones reunidos por los teóricos (marxistas) ansiosos por documentar sus afirmaciones apenas existen salvo para dar forma a la argumentación. Las investigaciones que hicieron se emprendieron para fundamentar una doctrina que habían concebido previamente, en lugar de ser la doctrina el resultado de la investigación.” ([1896] 1958, p. 8).

Las conclusiones de Popper respecto del marxismo fueron similares, pero se basaban en una concepción muy diferente de la ciencia. Desde su punto de vista, la ciencia no es una máquina inductiva que deriva leyes de hechos. Las teorías necesariamente preceden a los hechos porque determinan qué hechos son relevantes. Los hechos no existen ni para generar ni siquiera para confirmar, sino para falsar las teorías. La ciencia procede, entonces, no a través de lograr el mejor ajuste o de “explicar la mayor discrepancia (variante) posible”, sino mediante la refutación de audaces conjeturas. Según Popper las mejores teorías son aquellas improbables de ser verdaderas pero que “sobreviven” sostenidos intentos de refutación.

En la opinión de Popper, la originaria teoría de Marx del colapso del capitalismo era una conjetura audaz semejante y, como tal, científica, pero fue probada falsa y por tanto debería rechazarse. “Pero en lugar de aceptar las refutaciones los seguidores de Marx reinterpretaron tanto la teoría como la evidencia empírica a fin de hacerlas compatibles. De este modo rescataron a la teoría de la refutación, pero al precio de adoptar un procedimiento que las tornaba irrefutables. Sometieron así a la teoría a un ‘giro convencionalista’, y mediante este estratagema destruyeron su tan difundida pretensión de científicidad” (Popper 1963, p. 37, véase también Popper 1945, caps. 15–21). Según Popper, los marxistas procuraban *confirmaciones* de sus teorías en lugar de establecer criterios para su *falsación*. Como el psicoanálisis, el marxismo no podía ser encontrado en error, y por tanto no podía ser una verdadera ciencia.

Conocimiento personal

Como visión de la historia de la ciencia, el “falsacionismo” de Popper era tan fallido como el “verificacionismo” que pretendía reemplazar. A menudo las grandes rupturas se han producido cuando los científicos se negaron a aceptar refutaciones, cuando transformaron una aparente falsación en una brillante corroboración de la teoría originaria. De su examen de la ciencia, Polanyi (1958, cap. 1) concluyó que los “datos” nunca fueron tan cruciales en los grandes avances científicos como sostenían el “verificacionismo” y el “falsacionismo”. En su opinión, los datos a menudo han sido erróneos, ignorados o engañosos, de modo que la ciencia no puede reducirse a un proceso “objetivo” que enlaza la teoría a los datos, a una “lógica” o “algoritmo” tales como la “inducción” o la “falsación”. Con todos sus controles empíricos, la ciencia conserva un núcleo “subjetivo” irreductible basado en conocimiento personal más que impersonal. La ciencia implica destrezas tácitas que no pueden verbalizarse sino que aprenderse como en cualquier oficio (cap. 4). Se requiere pasión para seleccionar lo vital, para dar saltos de la imaginación y para persuadir a otros a ver el mundo de una nueva manera (pp. 132-

(777)

74). Polanyi afirmaba que sostener estas destrezas, pasiones y compromisos es un proceso delicado. Requiere una comunidad de científicos que se regula a sí misma y es independiente de la política (cap. 7).

Para Polanyi, el marxismo era el enemigo de la verdadera ciencia (pp. 227-45). Predicaba la subordinación de la ciencia a la sociedad, destruyendo la comunidad que nutría las destrezas, pasiones y compromisos del conocimiento personal. Tomando al marxismo soviético como prototipo de todo marxismo, Polanyi sostuvo que el marxismo era la inmoralidad disfrazada de ciencia. Sus pretensiones universalistas de científicidad atraían a los investigadores, al tiempo que ocultaban sus verdaderas intenciones: erigir una sociedad totalitaria que acabaría con la ciencia. El marxismo era el ejemplo más interesante de “la fuerza moral de la inmoralidad” (p. 227).

Ciencia normal y revolucionaria

Como Polanyi, Kuhn (1962) ligó el desarrollo del conocimiento a la comunidad de científicos. Sostuvo que no hay ningún “método científico” único. El “método científico” - la inducción, la falsación- es un rótulo del modo como reconstruimos la historia de la ciencia para dar la impresión de que nuestro actual conocimiento es la culminación natural de un proceso objetivo, racional que se eleva por encima del contexto histórico y social.

La ciencia *real* se desarrolla de manera muy diferente. Aquí Kuhn fue más allá de la teoría de Polanyi del conocimiento personal, proponiendo una concepción más sociológica del desarrollo científico. Mientras que Polanyi enfatizó los grandes avances en la ciencia, lo que podríamos llamar momentos excepcionales de ruptura científica, Kuhn distinguió tal ciencia *revolucionaria* de lo que llamó ciencia *normal*. Los científicos “normalmente” trabajan dentro de paradigmas que se dan por supuestos -que establecen supuestos compartidos, preguntas y anomalías así como ejemplares (exemplars) o modelos para su solución-. Lo más característico de la ciencia normal es la resolución de acertijos (puzzles), absorbiendo o “normalizando” los contraejemplos en las teorías del paradigma. En la concepción de la ciencia de Kuhn, la acumulación de acertijos no resueltos, y la presión de nuevos paradigmas competidores, conduce a un período de crisis en que los científicos comienzan a perder confianza en el paradigma. El paradigma se derrumba y comienza un período de ciencia revolucionaria en que los paradigmas en competencia se disputan el apoyo de los científicos. Se restablece un período de normalidad cuando se erige un nuevo consenso paradigmático.

Para Kuhn, los paradigmas representan diferentes visiones del mundo y como tales son inconmensurables e incompatibles. Diferentes paradigmas se basan en diferentes supuestos, plantean diferentes preguntas y por tanto diferentes acertijos a los científicos. Los mismos datos pueden ser interpretados diferentemente, de modo que los hechos mismos son relativos al paradigma. Fuera del juicio de la comunidad científica misma -su conocimiento personal o destrezas tácitas- no puede haber ningún conjunto único de criterios de progreso que estableciera la superioridad de un paradigma sobre otro. La elección entre paradigmas es un proceso social, incluso psicológico, antes que un proceso lógico.

La obra de Kuhn no estaba movida por el fervor anticomunista de Polanyi, ni se ocupaba directamente del estatuto epistemológico del marxismo. Sin embargo, interpretó la existencia de una pluralidad de marcos conceptuales en competencia en las ciencias sociales como indicativa de que no son verdaderas ciencias, que se hallan en un estadio pre-paradigmático. En las ciencias sociales no hay un compromiso consensuado para con un

único paradigma que permitiría que florezca la ciencia normal que resuelve acertijos (1962, pp. viii, 20-1, 160). Kuhn acordaba con Popper respecto de que el marxismo no es una ciencia, no porque no puede ser falsado, sino porque los practicantes no se ocupan principalmente de normalizar sus anomalías (Kuhn 1970, pp. 7-8).

Metodología de los programas científicos de investigación

Kuhn sistematizó y expandió las ideas de Polanyi pero no clarificó ni la dinámica interna de los paradigmas, la llamada ciencia normal, ni la lógica de la transición de un paradigma a otro. Lakatos (1978) intentó ofrecer esa teoría de la dinámica de los paradigmas, o lo que llamó *programas científicos de investigación*, y de la transición de un programa a otro.

El punto de partida de Lakatos fue la teoría popperiana del desarrollo científico por refutación, pero la llevó a su conclusión lógica. De acuerdo a Lakatos, la ciencia no crece a través de la refutación de conjeturas sino a través de la refutación de las refutaciones de teorías nucleares. Aunque coincidía con Popper respecto de los defectos de la inducción, mostró que si las teorías son rechazadas cada vez que las confronta un contraejemplo, la ciencia nunca se pondría en marcha. Se ahogaría en un océano de anomalías. De modo que Lakatos propuso que en lugar de considerar a las anomalías como razones para rechazar sus teorías, los científicos refutan las anomalías para defender sus teorías.

Refutar contraejemplos era lo que anteriormente Kuhn

(778)

había llamado resolución de acertijos (puzzle solving). Pero Lakatos le dio más precisión a este proceso. Concibió a cada programa de investigación con una teoría nuclear que los científicos protegen de la refutación construyendo hipótesis auxiliares. No era simplemente cuestión de deshacerse de anomalías, sino de hacerlo de manera de aumentar el contenido empírico del programa de investigación. Es decir, la tarea no era tanto reducir el número de anomalías, como para Kuhn, sino explotar anomalías específicas para aumentar el poder explicativo del programa. Los científicos no deberían temer las anomalías, sino buscarlas, porque son lo que empuja un programa de investigación hacia adelante.

Según Lakatos, cada programa de investigación está gobernado por sus propios principios de desarrollo, a los que llamó *heurísticas*. De acuerdo a la *heurística negativa* del programa, el núcleo duro debe ser defendido a cualquier precio. El núcleo duro abarca no sólo teorías sino también los supuestos y preguntas que definen el programa. La *heurística positiva*, por su parte, indica las herramientas con las que el núcleo duro deberá defenderse. Estas son los ejemplares (exemplars) y modelos a los que se apela para construir teorías auxiliares y revertir una aparente refutación, en corroboración de la teoría nuclear. La heurística positiva también orienta al científico hacia aquellas anomalías que es más importante resolver.

Por tanto un programa de investigación se desarrolla a través de la construcción de un cinturón de teorías para abordar en orden sucesivo los contraejemplos a la teoría nuclear. Acá Lakatos distingue entre programas de investigación progresivos y degenerativos. En un programa *progresivo* las nuevas bandas (cinturones, “belts”) de teoría expanden el contenido empírico del programa no sólo absorbiendo anomalías sino formulando predicciones, algunas de las cuales son corroboradas. En un programa *degenerativo* las sucesivas bandas sólo miran hacia atrás, parchando anomalías de manera *ad hoc*, reduciendo el alcance de la teoría, o simplemente prohibiendo anomalías. En un programa

degenerativo las nuevas teorías no anticipan nuevos hechos, y en consecuencia el conocimiento no avanza.

Lakatos sostuvo que los científicos deben abandonar programas degenerativos a favor de programas progresivos, y que de hecho lo hacen. Trató de proveer a la transición kuhniana de un paradigma a otro con una lógica “supraprogramática”. Aunque no proveyó criterios claros para juzgar la relativa progresividad de diferentes programas de investigación, sí ofreció una mejor guía para la racionalidad de las revoluciones científicas que Kuhn, que meramente se refirió a la acumulación de problemas irresueltos y la sensación de crisis en la comunidad científica¹.

Lakatos mismo consideró al marxismo como el prototipo del programa de investigación degenerativo. Aunque los marxistas procuraban absorber anomalías, sólo lo hacían reduciendo el contenido empírico del programa.

¿Acaso alguna vez el marxismo ha pronosticado exitosamente un hecho nuevo y asombroso? ¡Nunca! Tiene algunos famosos fracasos predictivos. Predijo el empobrecimiento absoluto de la clase trabajadora. Predijo que la primera revolución socialista se produciría en la sociedad industrial más desarrollada. Predijo que la sociedad socialista se vería libre de revoluciones. Predijo que no habría conflictos de intereses entre países socialistas. De modo que las originarias predicciones marxistas fueron audaces e impactantes, pero fracasaron. Los marxistas explicaron todos sus fracasos: explicaron el nivel de vida ascendente de la clase obrera inventando una teoría del imperialismo, incluso explicaron porqué la primera revolución socialista ocurrió en la Rusia industrialmente atrasada. “Explicaron” Berlín 1953, Budapest 1956, Praga 1968. “Explicaron” el conflicto ruso-chino. Pero todas sus hipótesis auxiliares fueron amañadas después de los hechos para proteger a la teoría marxiana de esos hechos. El programa newtoniano conducía a hechos novedosos, el marxiano atrasaba con respecto a los hechos y ha estado corriendo rápidamente para alcanzarlos (Lakatos 1978, pp. 5-6, ver también Worrall 1978, pp. 55-7).

Argumentaré que este es un retrato inexacto del marxismo, que en realidad ha tenido tanto dramáticos éxitos predictivos como fracasos².

El marxismo: ¿un programa de investigación progresivo o degenerativo?

Al aplicar la metodología de los programas científicos de investigación al marxismo es necesario amplificar algunos de sus elementos que permanecen sin desarrollar en los escritos de Lakatos y sus discípulos. Aquí simplemente los presento sin discusión. Su

(779)

importancia se aclarará en las secciones que siguen.

¹ Lakatos ha sido ampliamente criticado por la vaguedad de sus normas supraprogramáticas y por insistir en que los programas aparentemente degenerativos siempre pueden retornar, y en consecuencia sólo pueden ser juzgados retrospectivamente. Ver Hacking (1981, 1983 cap. 8), Newton-Smith (1981, cap. 4), Feyerabend (1975 cap. 16, 1981 cap. 10), Laudan (1977, caps. 3 y 5).

² Recientemente también otros han apelado a la idea de un programa de investigación en las ciencias sociales pero sus concepciones son mucho más laxas que la mía. Alexander (1982), por ejemplo, usó la idea para reconstruir el “neo-funcionalismo” de Parsons, y Evans y Stephens (1989) para reconstruir la trayectoria de la teoría del desarrollo. Ninguno de ellos toma en serio los detalles del esquema de Lakatos, la idea de heurística positiva y negativa, la importancia de la predicción y el criterio de “progresividad” y “degeneración”. Howard Bernstein (1981) sugiere cómo podría desarrollarse la idea en la historiografía marxista, pero no la lleva muy lejos.

1) Como Lakatos mismo reconoce, pero no elabora, el núcleo duro “en realidad no surge plenamente armado como Palas Atenea de la cabeza de Zeus. Se desarrolla lentamente, a través de un largo proceso preliminar de prueba y error” (Lakatos 1978, p. 48, nota al pie 4). Lo mismo puede decirse de los modelos y ejemplares (exemplars) de la heurística positiva.

2) El núcleo duro de un programa de investigación no sólo se desarrolla a lo largo del tiempo sino que a menudo se comprende mejor como una *familia* de núcleos -en superposición y a menudo competencia- que engendran diferentes *ramas dentro de un mismo programa de investigación*. Cada rama reconstruye el núcleo de modo diferente. Desde esta perspectiva, las teorías sucesivas se desarrollan como *bandas (belts) dentro de ramas*. La concepción de Lakatos, en cambio, se basaba en un núcleo duro no ambiguo y por tanto no contemplaba la coexistencia de ramas divergentes pero aún así interconectadas.

3) Aunque pudiera ser difícil comparar un programa de investigación con otro, dentro de un mismo programa podríamos ser capaces de identificar ramas degenerativas y progresivas. También podemos preguntar porqué algunas ramas demuestran ser más progresivas que otras.

4) Al evaluar nuevas ramas o subtradiciones dentro de un mismo programa de investigación podría ser necesario reconocer la contribución de “nuevas ideas”o “nuevos marcos” que reorientan la investigación sin claros dividendos predictivos.

5) En la ciencia social las anomalías se generan externamente tanto como internamente. Los cambios históricos proveen un fondo en expansión de nuevas anomalías que imponen construir nuevos cinturones de teoría en las ramas y en ocasiones incluso nuevas ramas del programa de investigación.

6) En la medida en que al marxismo le interesa cambiar el mundo que investiga y no meramente reflejarlo pasivamente, debe estar especialmente interesado en resolver anomalías y formular predicciones.

La heurística negativa

¿Qué hay pues en el núcleo del marxismo? ¿Qué es aquello a lo que se aferran a cualquier precio los marxistas, y que abandonan cuando se vuelven ex-marxistas? ¿Qué es lo que incita a los originariamente no-marxistas a adoptar el programa de investigación marxista? Esto ha sido apasionadamente debatido y nunca se alcanzó un consenso. El marxismo puede ser distinguido de otros cuerpos teóricos por enfatizar los factores económicos, por su interés en la emancipación humana, por colocar el análisis clasista en el centro, o por su teoría del colapso del capitalismo. Pero las posibilidades son limitadas. Creo que podemos captar esa limitación considerando primero cómo Marx mismo definió el núcleo de su obra.

En el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* (Tucker 1978, pp. 4-5) Marx describió su teoría del materialismo histórico como “el resultado general al que arribé y que, una vez alcanzado, sirvió de hilo conductor para mis estudios”. Bosquejó siete postulados principales, que se presentan acá en la Tabla 1. Marx los desarrolló individualmente en otros escritos pero este es el único texto en que los reunió en un esquema denso y coherente. Aún así, estos postulados no definen de manera no ambigua un núcleo duro del marxismo. No hay una única interpretación consistente que reemplace a todas las otras, como Cohen (1978) intentó sostener. Por el contrario estos postulados proveyeron los términos y el terreno para la evolución y competencia de interpretaciones de ese núcleo. Diferentes marxismos han elaborado, reinterpretado y combinado distintos postulados de acuerdo con los desafíos (anomalías) presentados por la historia.

La heurística positiva

La heurística positiva contiene modelos y ejemplares que indican modos característicos de desarrollar nuevas teorías en un programa de investigación. Considero los escritos económicos de Marx, especialmente los tres volúmenes de *El Capital* ([1867, 1885, 1894] 1967) y sus escritos políticos, en particular *El dieciocho Brumario* ([1852] 1963) y *La lucha de clases en Francia* ([1850] 1964), como ejemplares mayúsculos de teorización marxista. Se trata de la elaboración de la teoría nuclear presentada en la Tabla 1, aplicada al capitalismo. Acá sólo describo lo básico de estas teorías para mostrar cómo dan las bases para el subsiguiente desarrollo del programa de investigación³.

(780)

Tabla 1. Los siete postulados del materialismo histórico, según Marx

Fuente: Carlos Marx, [1859], Prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*, texto en inglés en Robert Tucker (compil.), *The Marx-Engels Reader*, Nueva York: Norton, 1978, pp. 4 -5 .

P1 Para que haya historia, los hombres y mujeres deben transformar la naturaleza en medio para su supervivencia, es decir deben *producir* sus medios de existencia. “En la producción social de su vida, los hombres entran en relaciones definidas que son indispensables e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una etapa definida del desarrollo de las fuerzas productivas” (p. 4)

P2 La “base económica” o modo de producción define los límites de variación de la superestructura. “El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, el fundamento real, sobre el que se erige una superestructura legal y política y a la que corresponden formas definidas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, político e intelectual en general” (p. 4).

P3 Un modo de producción se desarrolla a través de la interacción de las fuerzas productivas (cómo producimos los medios de existencia) y las relaciones de producción (cómo se apropia y distribuye el producto del trabajo). “En una cierta fase de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes ... De formas de desarrollo de las fuerzas productivas estas relaciones de producción se vuelven trabas suyas. Se abre así una época de revolución social” (pp. 4-5)

P4 La lucha de clases es el motor de la transición de un modo de producción a otro. “Con el cambio del fundamento económico la entera inmensa superestructura es más o menos rápidamente transformada. Al considerar esas transformaciones debe siempre distinguirse entre la transformación material de las condiciones económicas de producción, que pueden determinarse con la precisión de la ciencia natural, y las formas legales, políticas, religiosas, estéticas o filosóficas -en suma ideológicas- en las que los hombres toman conciencia de este conflicto y luchan para resolverlo” (p. 5)

P5 Una transición exitosa sólo puede darse cuando se cumplen las condiciones materiales. “Ningún orden social perece jamás antes que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben en él. Y nuevas y más altas relaciones de producción nunca aparecen antes que las condiciones materiales de su existencia han madurado en el seno de la propia sociedad antigua” (p. 5)

³ Como ha de resultar evidente, me aparto tanto del marxismo clásico y del estructuralismo francés que restringen lo verdadero en Marx a sus escritos maduros, científicos, como de la teoría crítica que ve al auténtico Marx en sus juveniles manuscritos hegelianos. En mi opinión, las obras tardías se vinculan a las juveniles como heurística positiva a negativa. La temprana teoría crítica constituye el núcleo del programa de investigación que abrazan los posteriores análisis específicos del capitalismo.

P6 La historia es progresiva en la medida en que acompaña la expansión de las fuerzas productivas. “A grandes rasgos el modo de producción asiático, antiguo, feudal y moderno burgués pueden considerarse épocas progresivas en la formación económica de la sociedad” (p. 5)

P7 El comunismo marca el fin de los antagonismos sociales y el comienzo de la emancipación de los individuos. No hacemos ya la historia empujados desde atrás sino conciente y colectivamente. “Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción -antagónica no en el sentido del antagonismo individual, sino del que surge de las condiciones sociales de vida de los individuos-. Al mismo tiempo las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean las condiciones materiales para la solución de ese antagonismo. En consecuencia con esta formación social se cierra la prehistoria de la sociedad humana” (p. 5)

Aunque abundan en *El Capital* pasajes esclarecedores acerca de la naturaleza del comunismo, la lucha de clases, la acumulación primitiva, la ideología, su mayor contribución fue la teoría de la dinámica del capitalismo, culminando en la inevitabilidad de su desaparición. Ejemplificaba P3 (tabla 1): la manera en que las relaciones de producción primeramente promoverían y luego trabarían las fuerzas productivas. Si las relaciones de producción hacen referencia a las relaciones a través de las cuales se apropia el excedente, las relaciones de producción capitalistas refieren a la apropiación de más valor laboral a los trabajadores del que estos reciben en forma de salarios. Esta plusvalía es la fuente de la ganancia, mientras que los salarios corresponden al costo de los bienes y servicios necesarios para reproducir la fuerza de trabajo, es decir, la capacidad para trabajar.

Este era un retrato estático del capitalista aislado. Marx lo volvió dinámico introduciendo la competencia entre capitalistas. Los capitalistas sobreviven como tales mientras obtengan ganancias. En una situación de competencia perfecta un capitalista individual puede aumentar ganancias reduciendo salarios, o mediante descalificación laboral, aumentando la extensión de la jornada laboral o intensificando el trabajo, pero hay límites definidos (biológicos y también legales) a cada uno de estos métodos. La tecnología, sin embargo, puede avanzar dentro de estos límites y es en consecuencia el modo más conspicuo de aumentar ganancias. Sin embargo, una vez que un capitalista introduce nueva tecnología para

(781)

reducir el costo de la producción, todos los demás deben adoptar esa tecnología so pena de quedar fuera de juego. Esto conduce a una doble crisis: por un lado la tasa de ganancia cae debido a que la fuente de ganancia -la plusvalía- se vuelve una proporción constantemente decreciente del capital desplegado, y por otro, sobrevienen crisis de sobreproducción en la medida en que se producen más bienes que consumidores -de bajísimos salarios- hay para comprarlos. Estas dos tendencias hacia la crisis se retroalimentan en la medida en que la sobreproducción deja fuera de juego a los pequeños capitalistas, intensificando la concentración de capital y la caída de la tasa de ganancia, así como desplazando obreros al ejército de reserva de desempleados. La intensificación de las crisis de sobreproducción y la correspondiente concentración de capital conduce por un lado a la destrucción de capital, y por otro a la formación de cárteles, *trusts* y monopolios que ahogan aún más el desarrollo económico.

Si así entendía Marx la manera como las relaciones capitalistas de producción pasaban de ser formas de desarrollo de las fuerzas productivas, a ser sus trabas ¿cómo entendía la época de revolución social? Vimos cómo el capitalismo competitivo compele a cada capitalista individual a procurar la ganancia y cómo esto tiene el efecto agregado de

promover la desaparición económica del capitalismo. El mismo proceso de acumulación polariza la estructura de clases entre capital y trabajo, creando una clase obrera homogénea, degradada y laboralmente descalificada. La clase trabajadora se transforma en “clase en sí” primero en escaramuzas a nivel de fábrica, luego asociándose en sindicatos, y finalmente construyendo un partido político que toma el poder del Estado. Este es al menos el cuadro que pintaron Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* ([1848] 1978) que nació de la experiencia inglesa de la primera mitad del siglo XIX. De acuerdo a P4 (Tabla 1), consideraron las formas de la lucha de clase en la transición de un modo de producción a otro como contingencias resultantes de las formas políticas e ideológicas. Mientras que en Inglaterra el proceso era relativamente simple en virtud de la más avanzada polarización de la estructura de clases, en Francia era mucho más complicado.

En *La lucha de clases en Francia* ([1850] 1964) y *El dieciocho Brumario* ([1852] 1963) Marx examinó la dinámica del régimen político, no la dinámica de la economía. En Francia, las clases económicas alcanzaban la representación en la arena política a través de partidos que obedecían a un sistema de alianzas dictado por la lógica de la forma del Estado. El sufragio universal, sostuvo Marx, da rienda suelta a la lucha de clases al empujar a las clases a la arena política donde se ven compelidas a enarbolar sus verdaderos intereses. Interpretó el rápido cambio de regímenes entre la República Social inaugurada en febrero de 1848 y el ascenso del Bonapartismo en 1851 como la cristalización de la lucha de clases entre capital y trabajo. Una dictadura que subordina a todas las clases pero que gobierna en lugar de la burguesía y para ella, habría de ser la solución política final del capitalismo antes del desenlace.

Marx creía que no duraría porque no podía dar concesiones materiales a las clases subordinadas, porque perforaría las ilusiones del campesinado y se privaría de su apoyo como clase, y porque el Estado diariamente recreaba en la burguesía una amenaza política a su propia existencia. Al escribir veinte años más tarde cuando la Comuna de París se levantó pisando los talones del Bonapartismo colapsado, Marx seguía afirmando que éste era “el único Estado posible en cuya forma la clase apropiadora puede continuar imponiéndose sobre la clase productora”, al mismo tiempo que es “la más prostituida y última forma del poder estatal” ([1871] 1968, p. 56).

Reforma versus revolución

Ya por la época de la muerte de Marx en 1883, la historia estaba poniendo en duda sus predicciones. La concentración y centralización del capital, el surgimiento de compañías por acciones (joint stock), cárteles y trusts, no marcaron el fin del capitalismo en sí sino del capitalismo *competitivo*. Tampoco la clase obrera demostraba el fervor revolucionario que Marx esperaba. En Inglaterra, el país capitalista más avanzado, la clase trabajadora en gran medida abandonó sus objetivos radicales después de 1850. En Francia la temprana efervescencia de los trabajadores en 1848 anticipaba la Comuna de París de 1871, pero con su caída el centro del movimiento de la clase obrera se desplazó a Alemania. Allí el Partido Social Demócrata aumentaba su fuerza en la arena electoral (Schorske 1955) y fue en Alemania que el marxismo añadió un nuevo cinturón de teoría en relación con las implicancias de la democracia capitalista para la estrategia socialista.

Engels apenas había sido enterrado cuando Eduard Bernstein, su discípulo y albacea, comenzó a *revisar* el núcleo duro del marxismo para adaptarlo a las nuevas circunstancias históricas ([1899] 1961, ver también Gay, 1952, Tudor y Tudor, 1988). Violando P3 y P4, Bernstein argumentó que la expansión de las fuerzas de producción *no* estaba siendo trabada por las relaciones capitalistas de producción. Por el contrario los trusts, el crédito, y

(782)

la supervivencia de pequeños empresarios estaban reduciendo la severidad de las crisis y permitiendo al capitalismo evolucionar lentamente hacia el socialismo. Lejos de liberar a la humanidad mediante la dirección colectiva de la sociedad, el socialismo en su visión violaba P7 al no ir más allá que un capitalismo modificado por negociaciones colectivas, legislación laboral y redistribución de la riqueza. Concebía al socialismo como la consumación de los ideales de la revolución burguesa. Al proponer una ley de creciente democratización que se propagaría espontáneamente de lo político a lo económico, Bernstein también contradecía P2.

El revisionismo, por definición, es la revisión del núcleo para absorber anomalías. Sigue el principio de Popper de rechazar una teoría cuando es falsada. Lakatos, en cambio, aconsejaría construir un nuevo cinturón de teoría que transforme a la anomalía en una corroboración del núcleo. Desde un punto de vista metodológico debería suscribir la insistencia de Luxemburgo acerca de que el socialismo requiere la supresión del capitalismo (P7), que las relaciones de producción capitalistas siembran las semillas de su propia destrucción al sofocar las fuerzas productivas (P3), y que la lucha de clases determinará si al capitalismo lo reemplazará el socialismo o la barbarie (P4).

En *Reforma o revolución* (Waters [1899] 1970, pp. 33-91) Luxemburgo refutó la refutación de Bernstein de la teoría marxista del colapso del capitalismo. Los mecanismos de adaptación económica de Bernstein eran en realidad modos de adaptación de los capitalistas individuales. El crédito, los trusts y la pequeña empresa reflejaban diversamente una mayor seguridad para el capitalista individual pero eran lubricantes para la expansión del capitalismo y por tanto aceleraban su desaparición. Al adoptar el punto de vista del capitalista individual, Bernstein desatendía los aspectos sistémicos del capitalismo. Más tarde en *La acumulación del capital* ([1913] 1951) Luxemburgo desarrolló una teoría de la extensión a escala mundial de las crisis de sobreproducción. Para colocar sus mercancías los capitalistas abrirían nuevos mercados a través de la incorporación forzosa (colonialismo) de territorios a un orden capitalista internacional. Cuando todo el planeta estuviera repartido, los países capitalistas serían empujados a la guerra para redistribuirlo, intensificando así la lucha de clases. Luxemburgo fue la primera en reconocer la estrecha relación entre la expansión del capitalismo y el militarismo.

Luxemburgo acusó a Bernstein de utopismo por pensar que los efectos del capitalismo podían suprimirse sin suprimir al capitalismo mismo. La nivelación de la riqueza y la introducción de cooperativas no podrían producirse reformando al capitalismo. También consideraba utópico a Bernstein al postular una ley de creciente democratización, ya que ella concebía incluso a la democracia burguesa como una forma muy frágil de Estado, continuamente amenazada por la burguesía y defendida por la clase obrera como condición de su emancipación. Al retornar a esta cuestión en el *Panfleto Junius* (Waters [1915] 1970, pp. 257-331), examinó la crisis de la social democracia alemana suscitada por su apoyo a la guerra, y anticipó el ascenso del fascismo. Igualmente profético fue su análisis de la revolución rusa en 1918 (Waters 1970, pp. 365-95) que saludaba la toma del poder por los bolcheviques en las más adversas circunstancias, pero advirtió que la necesidad no debía transformarse en virtud. Las tomas del poder prematuras eran necesarias en ocasiones, pero no deberían erigirse en modelo de toda transición revolucionaria. Anticipó la trayectoria de la revolución rusa: sin asambleas parlamentarias, sin libertad de prensa y de asociación, “la vida [se extinguiría] en cada institución pública”, incluyendo a los Soviets, y la dictadura

del proletariado se transformaría en la dictadura de la burocracia (Waters [1918] 1970, p. 391). La democracia socialista debe combinar la representación parlamentaria y derechos cívicos básicos con la participación popular en foros extraparlamentarios.

Aunque Luxemburgo logró refutar la teoría de Bernstein de la evolución del capitalismo hacia el socialismo, aún tenía enfrente las “anómalas” tendencias reformistas de la clase trabajadora alemana. Veía la creciente participación social demócrata en la política electoral como un arma de doble filo: “Pero el capitalismo provee además de los *obstáculos* también las únicas *posibilidades* de realizar el programa socialista. Lo mismo vale para la democracia” (Waters 1970, p. 74). Pero la realización del potencial democrático dependía de la organización de la clase obrera por fuera del terreno sindical y parlamentario. Fundando su análisis en los acontecimientos de la revolución rusa de 1905, Luxemburgo idealizó la huelga de masas como el arma clasista revolucionaria universal. La combinación de huelgas políticas y económicas brotaría de las luchas callejeras. Aunque atenta a las peculiaridades rusas, Luxemburgo se oponía a aquellos socialdemócratas alemanes que restringían la huelga de masas a arma específica de obreros enfrentados a regímenes absolutistas y económicamente atrasados

(783)

(Schorske 1955, cap. 2). Nunca logró reconciliarse -ni en su persona ni en su teoría- con las tendencias reformistas al interior de la clase obrera.

Mientras que el alejamiento radical de Bernstein respecto del núcleo marxista originó un nuevo programa de investigación⁴, la defensa del núcleo duro por parte de Luxemburgo condujo al desarrollo de nuevos y progresivos cinturones de teoría -progresivos en tanto anticiparon nuevos fenómenos, algunos de los cuales efectivamente acontecieron-. Ambas contribuciones deberían contrastarse con la defensa del marxismo por Kautsky que redujo su contenido empírico al desconocer las anomalías. Kautsky ([1891] 1971; 1909) prefirió buscar confirmaciones del marxismo en lugar de enfrentar sus anomalías. Se aferró a la ortodoxia apelando a P5, sosteniendo que aún había margen en el capitalismo para la expansión de las fuerzas productivas y que su clase obrera era por eso mismo inmadura. Por tanto, la revolución era prematura. Manejó la divergencia entre teoría y realidad proyectando su convergencia hacia un futuro indeterminado. No reconstruyó el núcleo ni creó nueva teoría. A medida que la situación en Alemania se polarizaba durante y después de la Primera Guerra Mundial, Kautsky desapareció en la grieta cada vez más ancha que separaba al revisionismo socialdemócrata del marxismo revolucionario, políticamente más débil.

Desarrollo desigual y combinado del capitalismo

Mientras que el marxismo alemán lidiaba teórica y prácticamente con anomalías producidas por la ampliación de la democracia y la continua expansión de las fuerzas productivas, el marxismo ruso enfrentaba la situación opuesta. En Rusia el absolutismo con

⁴ Este nuevo programa de investigación puede identificarse con la obra de Sydney Hook, Daniel Bell y Seymour Martin Lipset, quienes se consideraban socialistas por defender las tendencias progresistas democráticas del capitalismo. También podemos ver funcionar la teoría de Eduard Bernstein en el análisis del estado de bienestar británico de T. H. Marshall, en el de la socialdemocracia sueca por Walter Korpi, y en las propuestas de Bowles y Gintis para democratizar la sociedad americana.

base en una economía semifeudal ahogaba el desarrollo del capitalismo y al mismo tiempo engendraba una poderosa y radicalizada clase obrera. Como se dijo, Luxemburgo vió en la revolución de 1905 el anticipo de una serie de revoluciones proletarias en Occidente. “El país más atrasado de todos, precisamente porque ha tardado tanto en realizar su revolución burguesa, muestra al proletariado de Alemania y los países capitalistas más avanzados, otros modos y métodos de la lucha de clase” (Waters 1970, p. 203). Los sucesos de Rusia parecían refutar la idea marxiana de que la revolución estallaría primero en los países capitalistas más avanzados y no en los más atrasados. Aunque Luxemburgo intuyó la solución a esta anomalía fue Trotsky quien, ya en 1906 en *Resultados y perspectivas* ([1906], 1969) elaboró sus teorías del desarrollo desigual y combinado y de la revolución permanente para explicar y anticipar la revolución de octubre y sus consecuencias. La fuerza profética de *Resultados y perspectivas* se corrobora advirtiendo que la célebre *Historia de la revolución rusa* escrita por Trotsky en 1930 (1977), se basó en la misma teoría.

El marxismo ortodoxo, encarnado en Rusia por la imponente figura de Plejanov, razonaba que Rusia debía atravesar una revolución burguesa antes de que pudiera avanzar al socialismo. Por tanto estaba en dificultades para aprovechar la creciente militancia y radicalización de la clase trabajadora. A la inversa, Trotsky sostenía que la única clase que podía realizar una revolución burguesa en Rusia era la clase obrera, y que en virtud de ese hecho la revolución burguesa debía proceder ininterrumpidamente hacia la revolución socialista que sólo podía ser triunfante si encendía la revolución en Occidente. Tal era la teoría de la revolución permanente de Trotsky.

¿Pero porqué la clase obrera era el único agente posible de una revolución burguesa? El capitalismo en Rusia se desarrolló muy tarde bajo los auspicios del Estado y de la inversión extranjera -principalmente francesa-. Al ser débil y dependiente, la burguesía rusa era continuamente saqueada por un régimen zarista militarmente amenazado por estados erigidos sobre cimientos mucho más avanzados, capitalistas. Al mismo tiempo que el absolutismo ahogaba el crecimiento de las fuerzas productivas, la implantación del capitalismo más avanzado (técnicamente) en las principales ciudades rusas creaba una nueva y militante clase obrera. La mayoría de los trabajadores rusos acababa de ser desplazado del campo. No abrazaba las tradiciones conservadoras de los proletarios occidentales que habían acompañado la evolución del capitalismo. De modo que cuando se la reunió en gigantescas fábricas, la clase obrera rusa mostró todos los rasgos de una clase revolucionaria.

La novedad de la teoría del desarrollo desigual y combinado de Trotsky radicaba en su tratamiento del carácter internacional del desarrollo capitalista y sus implicaciones políticas. Según Trotsky el capitalismo no se desarrolló lineal

(784)

y paralelamente dentro de cada país como Marx había supuesto, sino que más bien saltaba de un país a otro. El desarrollo desigual conducía a la combinación de las formas de producción más avanzadas y las más atrasadas, suscitando en los países “de segunda categoría” una burguesía débil y una clase obrera explosiva. Aunque el campesinado era crucial para desestabilizar al absolutismo, no podía encabezar una revolución. Ese papel debía asumirlo la clase trabajadora, que no podría ya detenerse en el derrocamiento del absolutismo. Precisamente por ser clase obrera y en consecuencia tener intereses opuestos al capitalismo, se vería obligada a proseguir su marcha hacia el socialismo. Al extenderse

del este al oeste la revolución sería permanente en la arena internacional después de alcanzar la permanencia dentro de Rusia.

A la vez que creaba un nuevo cinturón de teoría, Trotsky era fiel al núcleo marxista. Defendió P2 al escribir sobre los límites que el absolutismo tenía en virtud de sus cimientos económicos, P3 cuando escribió que el absolutismo ahogaba las fuerzas productivas, P4 cuando afirmó que esto conduciría a una revolución, cuyas luchas no las dictarían las relaciones económicas sino factores políticos e ideológicos. Al anticipar una revolución socialista en Rusia, Trotsky no esperaba que se saltaran etapas de desarrollo -lo que violaría P5 y P6- ya que tal revolución habría de acontecer en el contexto de un capitalismo internacional que había agotado su potencial de desarrollo en los países nucleares.

El hecho de que se equivocara en su diagnóstico de la situación occidental no quita la fecundidad de su teoría del desarrollo desigual y combinado del capitalismo. En efecto, Lenin y Gramsci -cada cual a su manera- desarrollarían esa teoría para explicar la pacificación de la clase obrera de Occidente, así como otros la usaron para explicar el carácter radical de los trabajadores en los países en proceso de industrialización del Tercer Mundo, como Brazil y Sudáfrica hoy (Seidman 1990).

Ni siquiera Trotsky excluía la posibilidad de la derrota de la clase obrera en Occidente. En *Resultados y perspectivas* ([1906] 1969) escribió que de fracasar la revolución en Occidente, la revolución rusa abortaría y se replegaría sobre sí misma. Anticipó los grandes trazos de lo que efectivamente ocurrió después de 1917. La tragedia de la vida de Trotsky fue estar destinado a ser el agente y la víctima de sus propias acertadas predicciones: la involución de una revolución rusa no acompañada por la revolución en Occidente, proceso que analizó con gran agudeza en *La revolución traicionada* ([1936] 1972).

Estado y revolución

Cuando el 3 de abril de 1917 Lenin descendió del tren sellado en Petrogrado, sorprendió a todos sus seguidores bolcheviques al anunciar que los tiempos ya estaban maduros para tomar el poder y avanzar hacia el socialismo. Estaba de hecho declarando su apoyo a la teoría de la revolución permanente de Trotsky. Además, como Trotsky, supuso que una revolución rusa contaría sin lugar a dudas con el apoyo de las revoluciones que encendería en el Occidente avanzado. Pero no había ninguna teoría de la transición al socialismo. El marxismo alemán había estudiado más intensamente el colapso del capitalismo que la transición al socialismo. *El estado y la revolución* ([1917] 1967, vol. 2, pp. 283-376), escrito por Lenin en la clandestinidad dos meses antes de la revolución de octubre, abrió un rumbo enteramente nuevo al marxismo al postular al Estado como central en el proceso de transición. No debemos dejarnos engañar por la habilidad de Lenin en aparentar que tan sólo está repitiendo a Marx y a Engels. Trabajando con la heurística positiva que ellos habían establecido en sus escritos políticos, construyó un cinturón de teoría enteramente nuevo. En efecto, es difícil apreciar el estado de la teoría marxista antes de Lenin porque inevitablemente la leemos, positiva o negativamente, a través del prisma de las teorías de Lenin (Polan 1984, cap. 1).

La cuestión que Lenin se planteó en *El estado y la revolución* era: ¿Qué debe ocurrir si ha de haber una transición del capitalismo al comunismo? Su respuesta: una transformación *revolucionaria* del capitalismo en un estadio transicional llamado “socialismo”, que luego *evolucionaría* hacia el comunismo. Supuso que las condiciones objetivas estarían dadas (P3), de modo que redujo el problema de la transición a una cuestión de poder estatal (P4). El estado capitalista debía ser destruido, y un nuevo estado -la dictadura del proletariado- debía reemplazarlo. Esta dictadura se extinguiría, dando lugar al comunismo. Aunque había

muchas referencias a sucesos de la época, este era un modelo abstracto de “posibilidad objetiva”. No tomaba en cuenta las circunstancias concretas que pudieran frustrar o promover una transición determinada.

Lenin polemizaba contra otros dos modelos: el marxismo ortodoxo, representado por Kautsky, y el anarquismo. Ambos reducían la transición al comunismo a una única etapa. Kautsky concebía la

(785)

transición como reforma del estado capitalista por un partido político de la clase obrera elegido para gobernar. Lenin contestó a Kautsky argumentando que la democracia capitalista era capitalista en el contenido y democrática en la forma. Aunque el parlamento proveía los recursos políticos -libertad de expresión y organización, una tribuna pública, etc.- para forjar una clase obrera solidaria, también protegía los intereses de la clase capitalista enmascarando los verdaderos mecanismos de poder. Los parlamentos daban al pueblo una ilusión de poder, mientras las verdaderas componendas ocurrían detrás de bambalinas a través de los miles de hilos que conectaban a la burguesía con las fuerzas armadas y la burocracia. Aunque un partido socialista fuera mayoritario en el parlamento, no sería capaz de cortar esos hilos.

Los anarquistas, en cambio, exigían la destrucción del estado capitalista pero consideraban que esto era suficiente para pasar directamente al comunismo. Lenin defendía la necesidad de un estado transicional -la dictadura del proletariado- que echaría las bases económicas y políticas del comunismo. Su *tarea económica* era eliminar el capitalismo centralizando la propiedad y el control de los medios de producción a la vez que asegurando la sostenida cooperación de todos retribuyendo a las personas de acuerdo a su trabajo. Lenin escribió que la dictadura de la burguesía [se trataría de un error de imprenta, debería decir “dictadura del proletariado”] tendría que defender los derechos burgueses y la igualdad formal, y en ese sentido habría de ser un estado burgués. Este era un rasgo necesario de la etapa transicional. Al mismo tiempo la *tarea política* de la dictadura del proletariado sería instituir una democracia radical que garantizara la extinción de esta forma democrática de estado. Esto requería primero que los funcionarios del Estado fueran electos, que fueran revocables en cualquier momento, y que fueran remunerados con el salario medio de un obrero, reemplazando así a la burocracia. En segundo lugar, que las fuerzas armadas -Lenin entendía por ellas el ejército permanente y pago- fueran abolidas y su lugar fuera ocupado por el pueblo en armas. Tercero, que el parlamento dejara de ser una cueva de charlatanes para transformarse en verdaderos equipos de trabajo, es decir en *soviets*.

Tenemos acá un ejemplo de diálogo fructífero entre tradiciones rivales, en el que el marxismo incorpora el desafío del anarquismo. Aunque Lenin los juzgaba utópicos por considerar que era posible saltar el estadio del socialismo, tomó muy en serio el temor anarquista del surgimiento de una nueva forma de Estado. No bastaba con eliminar una clase -la burguesía-, debemos garantizar que no surja una nueva clase, una clase de funcionarios y expertos. Lenin pensaba que los avances tecnológicos permitirían reducir las funciones estatales a “la contabilidad y el control”, limitando así la posibilidad de que emergiera una nueva clase basada en su monopolio del conocimiento. La misma radicalidad de su propuesta democrática testimonia su reconocimiento de los peligros de la burocratización y el funcionariado.

Desde el punto de vista de este modelo de la transición al comunismo, es evidente porqué todas las revoluciones socialistas hasta el presente han fracasado en realizar sus objetivos de justicia y eficiencia: en vez de institucionalizar la democracia radical y la garantía de los derechos burgueses, surgió una nueva clase de burócratas estatales que monopolizaron el control de los medios de producción, socavando tanto el principio de la retribución acorde al trabajo como la posibilidad de una planificación efectiva. ¿Porqué se dieron así los sucesos? La revolución rusa aconteció en un país agrario semi-feudal, agotado y derrotado en la guerra. Lejos de auxiliar a la revolución rusa, los estados occidentales bloquearon a la Unión Soviética y promovieron una guerra civil contra un Estado recién nacido. No eran estas las mejores condiciones para construir una democracia radical.

Aún así, podría ser que esta transición al socialismo sea inherentemente inviable. ¿Es en absoluto posible mantener una suerte de doble poder: dictadura contra una clase -la burguesía- y democracia para otra -la clase obrera-? Se podría argumentar que estos dos aspectos antitéticos de la dictadura del proletariado jamás pueden implementarse simultáneamente, sino sólo sucesivamente, empezando con una dictadura contra la burguesía y la creación de las bases económicas del comunismo, lo que podríamos llamar *socialismo de estado*. Sólo mucho más tarde puede introducirse la democracia radical. El socialismo de estado debería analizarse a la luz del modo como primero promovería y luego trabaría el desarrollo de las fuerzas productivas, al mismo tiempo que engendraría clases que pudieran reclamar la democratización, y finalmente luchar por ella.

Del imperialismo a la dependencia

¿Qué es lo que llevó a Lenin a cambiar de parecer y proponer que se derribara al Gobierno Provisional cuando llegó a Rusia en abril de 1917? No era simplemente oportunismo. Como gran parte de la estrategia política de Lenin, su decisión estaba arraigada en una comprensión teórica de la declinación del capitalismo a escala mundial, tal como la explicó en *El imperialismo, fase superior del capitalismo* ([1916] 1967, vol. 1, pp. 667-768, véase también Harding 1983, vol. 2, caps. 2 y 3).

(786)

Mientras que Trotsky analizó las consecuencias políticas de la expansión del capitalismo en los países atrasados, Lenin proyectó la teoría económica marxiana del capitalismo a la escala planetaria. Intentó digerir lo que era tanto una anomalía como un profundo revés para el movimiento socialista: el apoyo que los partidos socialistas dieron a la guerra nacional violando la solidaridad internacional de la clase obrera. Lenin procuró revertir esta anomalía, en corroboración de la teoría marxista, mostrando que las guerras eran un síntoma del ahogo de las fuerzas productivas (P3) y necesariamente conducirían a la revolución (P4).

Bajo la influencia del clásico de Hilferding, *El capital financiero* ([1910] 1981), Lenin sostuvo que la concentración del capital acontecía no sólo en la industria sino también en las finanzas. Postuló un nuevo estadio del capitalismo, el capitalismo monopólico, caracterizado por el surgimiento de una oligarquía financiera que enlazaba las finanzas internacionales y los cárteles industriales. Mientras que la etapa anterior del capitalismo estaba marcada por la sobreproducción de bienes de consumo, en esta nueva etapa aparecía la sobreproducción de capital, que buscaba “superganancias” exportándose a los países atrasados. Cuando todo el mundo ha sido dividido entre cárteles y no había otra salida para

el capital excedente, los territorios sólo podían redistribuirse entre las naciones capitalistas a través de guerras imperialistas. La inestabilidad resultante del desarrollo desigual del capitalismo a escala mundial conduciría inevitablemente a guerras imperialistas entre los países capitalistas más poderosos. Las guerras nacionales precipitarían guerras civiles entre clases, al advertir la clase trabajadora los costos de apoyar a su propia burguesía.

Luxemburgo había formulado una versión anterior de este argumento, pero la de Lenin era la reconstrucción más abarcadora de la teoría marxiana original de la dinámica capitalista. Se hizo cargo de numerosas anomalías y formuló numerosas predicciones, algunas de las cuales se cumplieron. Por ejemplo Lenin -que nunca subestimó la importancia del nacionalismo- anticipó que las guerras de liberación nacional en el Tercer Mundo colonizado constituirían una amenaza mayúscula al capitalismo. Por otra parte Lenin argumentó que en los países centrales los privilegios del imperialismo se derramarían sobre la clase trabajadora para crear una aristocracia obrera. En consecuencia, ciertos sectores de la clase obrera tenían un definido compromiso material con el imperialismo, y esta era la base material del “reformismo” de los partidos socialdemócratas y de su apoyo a las guerras nacionales. Lenin también advirtió cómo la expansión del capitalismo en los países atrasados desarraigaría a la población y proveería una reserva de mano de obra barata que balcanizaría aún más al movimiento obrero en las naciones capitalistas avanzadas. Al caracterizar al sistema mundial en términos de naciones centrales, colonizadas y semi-independientes, Lenin ya había anticipado el análisis sistémico mundial contemporáneo.

Quizá la parte más polémica de la argumentación de Lenin era la inevitabilidad de las guerras imperiales. Este era un desafío directo a Kautsky, quien sostenía que el imperialismo era una política preferencial del capital financiero antes que un desarrollo inevitable del capitalismo. El eslabón débil en el razonamiento de Lenin era el que ataba la división del mundo entre cárteles, a la división del mundo entre naciones. Supuso que los estados nacionales son los instrumentos de los cárteles. Pero si éstos se vuelven verdaderamente internacionales, no tienen afiliación nacional y los estados estarán menos y menos compelidos a entrar en guerra para servirlos.

En efecto, se puede reconstruir el razonamiento de Lenin como sigue. Cuanto más internacional se vuelve el capital -es decir, cuanto menos reconoce las fronteras nacionales- más y más competirán los Estados entre sí por el capital. La autonomía de los Estados se refiere a su “libertad” para inducir al capital a invertir dentro de fronteras nacionales determinadas. El estatuto cambiante del Estado en relación con el capital es análogo a la transición de siervo a obrero asalariado, de sujeción a trabajo formalmente libre. En suma, la creciente autonomía formal, lejos de significar una creciente fuerza del Estado, refleja una transformación en el carácter de su subordinación al capital. Esta transformación del capitalismo mundial se refleja en recientes teorizaciones acerca de la autonomía del Estado. Esta visión de la economía mundial echa luz sobre el interés actual en el “desarrollo dependiente” y en “traer de vuelta al Estado” (Evans, Rueschemeyer y Skocpol 1985). Pero si mi análisis es correcto, reconocer la autonomía formal del Estado es también reconocer su actual debilidad en la presente configuración del capitalismo mundial.

¿Cuál es, entonces, la significación del imperialismo? El imperialismo es el vehículo a través del cual el capitalismo se vuelve verdaderamente internacional, implantándose en los países económicamente subdesarrollados y desde allí repatriar ganancias a los países centrales. Pero una vez que el capitalismo se ha establecido a escala mundial, el control político directo de los países de menor desarrollo no es ya más necesario y el colonialismo pierde su razón de ser. Las constricciones externas del capitalismo se internalizan en los países en la forma de alianzas y formaciones de clase (Cardoso y Faletto 1979). Como

(787)

lo expresó Warren (1980), el imperialismo es el pionero del capitalismo o, invirtiendo a Lenin, el capitalismo es el estado superior del imperialismo.

De la reificación a la Teoría Crítica

La revolución rusa revolucionó la teoría marxista. Creó el marxismo soviético oficial, a la par que su Anti-Cristo, el Marxismo Occidental. Inspirado por la revolución rusa y la revolución húngara de 1919, *Historia y conciencia de clase* ([1922] 1971) de Georg Lukacs es uno de los textos fundacionales del Marxismo Occidental. Establece el núcleo y la heurística positiva de una nueva rama del marxismo, la Teoría Crítica, resucitando el momento hegeliano de los escritos tempranos de Marx. Los ensayos de Lukacs atacaron el marxismo “mecánico” de la Segunda Internacional por su apego servil a leyes de desarrollo que reprimían la volición humana en que se apoyaban. Tanto las revoluciones exitosas como las fracasadas, subrayaban la importancia de la conciencia de clase en el proceso revolucionario. La conciencia de clase, según Lukacs, es la perspectiva que la clase obrera tendría si pudiera captar la totalidad. Es una conciencia imputada a la clase obrera -no una conciencia necesaria sino objetivamente posible-.

Sin embargo, la contribución duradera de Lukacs fue su análisis de porqué la clase obrera podría no alcanzar una captación de la totalidad y convertirse en un sujeto revolucionario. Su teoría de la reificación desarrolló P1 -los hombres y mujeres entran en relaciones que son “necesarias e independientes de su voluntad”- aprovechando el análisis del fetichismo de la mercancía en *El Capital* vol. I. La reificación refería al modo en que los productos se vuelven objetos, divorciados de su producción. Afecta no sólo a las mercancías sino a los hechos y a las relaciones. Conduce a una conciencia fragmentada, atomizada y aislada, y no a una conciencia revolucionaria y totalizadora de clase. En los *Manuscritos Económico-Filosóficos* ([1844] 1975), que Lukacs no pudo conocer, Marx describía este proceso como alienación: en tanto se pierde la autoría subjetiva de la producción, el producto se vuelve un poder sobre el productor, quien entonces se aliena respecto del proceso productivo, de sus compañeros productores y de la esencia de la especie humana. El hecho de que Lukacs se sintiera compelido a llenar un vacío del núcleo del proyecto intelectual de Marx reinventando y desarrollando escritos por entonces desconocidos, es un testimonio elocuente de la coherencia y fuerza del programa de investigación marxista.

En su análisis de la *dereificación*, en cambio, se advierte en Lukacs la persistencia del marxismo ortodoxo. Consideraba que la profundización de las crisis proveería una conciencia de la inevitable desaparición del capitalismo, y que las luchas demistificarían la totalidad. Añadió otro elemento, a saber que los trabajadores manuales bien pueden estar reificados en su actividad física, pero en su vida mental están intactos para reflexionar acerca de la extrema fetichización (commodification). Entre 1919 y 1922 las ideas de Lukacs cambian -desde concebir al proletariado capaz de emanciparse a sí mismo, a considerar necesarias instituciones prefiguradoras tales como los consejos obreros hasta, finalmente, abrazar al Partido como la institución total (totalistic) que mantendría a raya la reificación y traería la conciencia verdadera a la clase obrera-. Comparado con su brillante análisis de la reificación, el tratamiento de la dereificación por Lukacs es demasiado *ad hoc* y superficial para valer como un desarrollo progresivo de la teoría.

La teoría crítica prácticamente descartó estos residuos ortodoxos de los escritos de Lukacs. Así, la respuesta de la Escuela de Frankfurt al ascenso del fascismo, a continuación de una revolución obrera fracasada, habría de retener y desarrollar el análisis de la reificación de Lukacs pero a menudo a expensas del materialismo (Arato y Breines, 1979; Jay 1984). Pollock ([1941] 1978) desarrolló teorías del capitalismo organizado y estatal que demostraban la perdurabilidad del capitalismo. El giro hacia la filosofía descifró cómo la razón se había vuelto “sinrazón”, cómo a medida que el potencial para la emancipación crecía, las perspectivas de su realización retrocedían, y cómo se destruían los resabios de resistencia al capitalismo a medida que la familia, y por tanto la psique humana misma, eran invadidas por agencias de socialización de masas (Horkheimer [1936] 1972, pp. 47-128; Horkheimer y Adorno [1944] 1972).

Invirtiendo el marxismo ortodoxo, la Escuela de Frankfurt no veía aspectos emancipatorios en el dominio de la naturaleza. A menos que la humanidad lograra desarrollar una relación más equilibrada con la naturaleza, la expansión de las fuerzas productivas sólo podía acentuar el sometimiento de los hombres. En medio de la desesperación, hubo destellos de utopismo como el gran rechazo de Marcuse (1955, 1964, 1969), o sus vislumbres de emancipación en el arte y la filosofía. Por cierto, la teoría crítica perdería toda confianza en la actividad revolucionaria de la clase obrera irrevocablemente contaminada por el capitalismo. La totalidad de Lukacs había devenido totalitaria, atrapando a todos en una sociedad unidimensional que se había vuelto ciega para cualquier proyecto de un mundo diferente. La Escuela de Frankfurt abandonó la sustancia de los postulados del Prefacio de Marx para abrazar tan sólo su

(788)

crítica más general de la dominación, una elaboración de P1. En sus manos, la adhesión a P7 se volvió menos el compromiso con la inevitabilidad del comunismo y más una crítica de la irracionalidad de toda la historia precedente.

Jürgen Habermas (1984, 1987) ha emprendido la heroica tarea de salvar a la teoría crítica de degenerar en nihilismo reuniéndola con la sociología y el materialismo histórico. Por un lado extendió el análisis marxiano de la reificación, del sistema económico al sistema político, mientras que por otro apeló a Durkheim y Mead para constituir esferas potencialmente autónomas de acción comunicativa, esto es instituciones públicas y privadas autodeterminadas en que la dominación es limitada. La lucha entre sistema y mundo de la vida y no la lucha de clases, es la dinámica de la sociedad moderna. Sin embargo, el rescate de la teoría crítica de Habermas se hace a costa de la visión emancipatoria de P7: lo más que podemos esperar es controlar el mundo sistémico y evitar que colonice el mundo de la vida.

Por iluminadora y fecunda que haya sido la teoría crítica, su sistemática crítica del “positivismo” restringió el desarrollo de teorías suficientemente específicas, a la altura de los criterios de progreso científico de Lakatos. La brillante síntesis de Habermas queda, como la de Talcott Parsons, al nivel de la meta-teoría, de un marco orientativo, más que de una teoría científica. Sólo Gramsci fue capaz de reconstruir el marco marxista y ofrecer además los rudimentos de una teoría científica de las superestructuras.

El giro de Gramsci hacia las superestructuras

El fracaso de la revolución y el ascenso del fascismo en Occidente alejaron a la teoría crítica del marxismo, pero tuvieron el efecto contrario sobre el socialista italiano Antonio Gramsci. Orientó su voluntarismo juvenil en una dirección marxista. Así, en 1918 Gramsci se refirió a la revolución rusa como “la revolución contra *El Capital*”, contra las férreas leyes que determinan que los capitalismo más avanzados experimentan primero la revolución socialista. En sus escritos de la cárcel Gramsci intentó asimilar el colapso del movimiento de los consejos de fábrica (1919-1920) y el subsiguiente ascenso del fascismo, entretejiendo su voluntarismo con las fibras deterministas del materialismo histórico. En este análisis tardío, el momento subjetivo de la historia se vuelve tanto el vehículo para consolidar el capitalismo como el único medio para construir un desafío revolucionario.

Gramsci se inspiró en las marxianas *Tesis sobre Feuerbach* ([1845] 1978, pp. 143-5) para sacar a luz el indeterminismo que hay en los siete postulados del materialismo histórico. Gramsci admite que los seres humanos contraen relaciones sociales que son necesarias e independientes de su voluntad (P1), pero estas relaciones no son enteramente externas, ya que el conocimiento permite cambiarlas (1971, pp. 244, 352-3). Por tanto, Gramsci veía a la superestructura surgiendo de la base económica (P2), pero era posible que la superestructura -la “voluntad humana”- reaccionara sobre la base -“estructura económica”- (1971, pp. 366, 403).

Lo distintivo de los escritos de Gramsci está en el grado de independencia que otorga a la esfera de las “superestructuras”; Pero qué dijo de la economía? Acá también mantuvo su fidelidad al materialismo histórico. Aunque sostenía que las relaciones de producción trabarían a las fuerzas productivas y por tanto generarían crisis económicas (P3), no creía que por sí mismas estas crisis económicas conducirían al derrumbe del capitalismo (1971, p. 178). Privadas de una teoría del colapso automático, la política y la ideología adquirirían una mucho mayor importancia. Por tanto Gramsci aprovechó mucho la distinción de P4 entre la relación de fuerzas sociales (“estrechamente ligada a la estructura, objetiva, independiente de la voluntad humana y que puede medirse con los sistemas de las ciencias exactas o físicas”) y el ámbito de la formación de la voluntad colectiva -las formas políticas e ideológicas en las que los hombres adquieren conciencia del conflicto entre fuerzas y relaciones de producción y luchan por resolverlo (1971, pp. 138, 162, 180-1, 365, 371-2)-.

La originalidad de Gramsci se desarrolló dentro de los límites de la ortodoxia marxista. Siempre insistía en P5 -un orden no puede perecer hasta no agotar su potencial y crear las semillas de una nueva sociedad (1971, p. 177)-, y dio por sentado que la expansión de las fuerzas productivas conduciría a un desarrollo progresivo de la historia (P6). Concebía al comunismo como una sociedad en que la economía es transformada de estructura de dominación en instrumento de emancipación (p. 367). No sólo se invierte (reversed) la relación entre base y superestructura, sino que dentro de la superestructura el estado es absorbido en la sociedad civil (1971, pp. 253, 263). Esta era la interpretación gramsciana del fin de la prehistoria (P7).

Sobre la base de este núcleo reconstituido, Gramsci expandió la heurística positiva del marxismo dando mayor autonomía a la esfera de las superestructuras. En lugar de periodizar la historia del capitalismo a partir de su economía -competitivo *versus* monopolístico, nacional *vs* .

(789)

imperial, anárquico *vs*. organizado, etc.-, Gramsci la periodizó a partir de sus instituciones políticas, específicamente el ascenso de la sociedad civil. El complejo de organizaciones

privadas pero nacionales tales como los partidos políticos de masas, los sindicatos y medios masivos de comunicación, integran a las clases subordinadas a la sociedad capitalista. Mientras que sus predecesores interpretaban que 1871 marcaba el comienzo del fin del capitalismo, para Gramsci marcaba el ascenso de la burguesía tanto sobre las antiguas clases como sobre la clase obrera.

Gramsci hizo innovaciones correspondientes en la teoría del estado. Concibió al estado como el medio a través del cual la clase capitalista “no sólo justifica y mantiene su dominación, sino que logra ganar el consentimiento activo de los gobernados” (1971, p. 244). El estado no es meramente negativo y represivo sino también positivo y “educativo” - no es meramente las fuerzas armadas y la policía sino el parlamento, la ley, la educación. El estado confluye con las “trincheras de la sociedad civil” para organizar y estructurar los intereses de acuerdo con la preservación del capitalismo.

Tal teoría de la política y la ideología requería un cambio en la estrategia revolucionaria: pasar de una orientación que subrayaba la captura del poder del estado a otra que propugnaba la conquista de la sociedad civil, la transformación de las escuelas, los sindicatos, las iglesias y los partidos políticos a la par que la multiplicación de los terrenos de oposición al capitalismo. Una guerra de movimiento -el asalto del Estado- sólo podría tener éxito *después* que una guerra de posición ha reconstruido la sociedad civil. El modelo de Lenin, en el que la guerra de posición sigue a la guerra de movimiento, se aplicaba en Rusia porque allí “... el Estado era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; [en cambio] en Occidente había una relación justa entre Estado y sociedad civil y cuando el Estado temblaba se revelaba de inmediato una robusta estructura de la sociedad civil” (1971, p. 238). Por ello Gramsci criticaba a Luxemburgo y Trotsky por aplicar al capitalismo avanzado teorías de la revolución -la huelga de masas, la revolución permanente- que sólo son apropiadas para formas tempranas o atrasadas del capitalismo.

Pero Gramsci seguía siendo marxista: insistía en que la base económica ponía parámetros a la operación y efectos de las superestructuras. Al igual que en las obras políticas de Marx, la economía constituía a los agentes políticos en clases. Elaborando la teoría de la formación de clases en el *Manifiesto Comunista* y las caracterizaciones de la lucha de clases en *La lucha de clases en Francia* y *El dieciocho Brumario*, Gramsci argumentó que la organización de clase atraviesa tres estadios: primero la asociación sectorial -uniones patronales en el caso de los capitalistas y sindicatos para los obreros- luego una fase “económico-corporativa” en la que la clase se organiza alrededor de sus intereses económicos comunes, y en tercer lugar una fase política o hegemónica en la que una clase presenta sus intereses como los intereses de todos. En este momento la clase dominante o conductora hace sacrificios económicos para suscitar el consentimiento de los gobernados pero estas “concesiones” no vulneran el interés esencial de la clase. Las concesiones suscitan el consentimiento de los trabajadores sin amenazar las ganancias del capital (Przeworski 1985, esp. cap. 4). La democracia se constituye en el mecanismo institucional a través del cual se extraen concesiones al capital y se las distribuye a las otras clases. Su estabilidad descansa en el crecimiento económico y en una clase capitalista dispuesta a hacer sacrificios económicos.

Gramsci sustituyó la posibilidad de acuerdos de clase por el “irreconciliable antagonismo de clase” de Lenin. Con ello subrayó la fuerza de la hegemonía capitalista que sólo podía ser destruida por el moderno príncipe -el partido-. El partido es a la clase obrera lo que el Estado a la clase capitalista pero no tiene acceso a la coerción, ni puede otorgar concesiones materiales a clases aliadas tales como el campesinado. En lugar de ello debe construir una hegemonía alternativa, llegando a reemplazar la sociedad civil creando instituciones prefiguradoras del socialismo ya dentro de los marcos del capitalismo. La ideología como

“fantasía concreta que actuaría sobre la dispersa y fragmentada voluntad para encender y organizar la voluntad colectiva” (1971, p. 126), adquiere una importancia suprema para contrarrestar la hegemonía burguesa y construir alianzas de clase. Los intelectuales orgánicos próximos a los grupos subalternos y con fe en ellos cumplen un papel crítico esencial en toda guerra de posiciones semejante.

En sus *Cuadernos de la Cárcel* Gramsci reformuló la teoría marxista sobre la base de los postulados nucleares del materialismo histórico, y extendió los ejemplares (exemplars) de los escritos políticos de Marx y Engels. Proveyó teorías inmensamente ricas de la educación, el partido, la ideología, la democracia, y los movimientos sociales. Sus teorías han abierto un importante terreno a la lucha política e ideológica. Ante todo, su reescritura de la teoría marxista se demostró profética. La hegemonía burguesa, construida en la sociedad civil mediante los acuerdos de clase y los aparatos ideológicos del Estado, continúa siendo poderosa y la estrategia socialista, al menos en Occidente, ha prestado más y más atención a la guerra de posición.

(790)

¿Adiós al marxismo?

Al dar cuenta de la ausencia de revolución en Occidente, Gramsci puede haber reconstruido exitosamente el marxismo pero ¿cómo hemos de lidiar ahora con el masivo retroceso del socialismo en el Este? Así como el capitalismo engendra visiones utópicas del socialismo, análogamente el socialismo de estado engendró visiones utópicas de un radiante futuro capitalista ¿No es evidente que este más reciente triunfo del capitalismo da el golpe mortal al marxismo? En absoluto. Esta no es la primera vez que la historia amenaza con disolver al marxismo. En efecto, nuestro análisis histórico ha mostrado que el desarrollo del marxismo ha dependido de semejantes retrocesos devastadores, convirtiéndolos en desafíos que espolearon el crecimiento teórico. El marxismo alemán fue una respuesta al reformismo del partido Socialdemócrata Alemán, el marxismo ruso al radicalismo de la clase obrera rusa, el marxismo del Tercer Mundo al subdesarrollo engendrado por el capitalismo internacional, mientras que el Marxismo Occidental fue una respuesta al fracaso de la revolución y el ascenso del fascismo. (Véase también Lichteim 1961, Anderson 1976, Jacoby 1981).

La expansión de las ramas progresivas del marxismo dependió de mantener la integridad de la distintiva heurística marxista, al tiempo que se respondía al mundo que se aspiraba a cambiar. Por el contrario el carácter degenerativo del marxismo soviético puede explicarse precisamente por la negación de la autonomía del programa de investigación marxista. El surgimiento de un nuevo cinturón de teoría o más probablemente una nueva rama del marxismo para responder al desafío del Este -el quiebre del “comunismo”- depende de mantener el equilibrio recíproco entre historia interna y externa. Antes de intentar restablecer la conexión entre desafíos históricos y desarrollo teórico, en esta sección final me ocuparé brevemente de dos tendencias contemporáneas que la amenazan: el marxismo analítico y el post-marxismo.

A medida que el Marxismo Occidental viró del diálogo con la clase obrera al diálogo con las teorías burguesas de la filosofía, la sociología y la economía, se preocupa más por la respetabilidad académica que por los desafíos de la historia. Típico al respecto es el marxismo analítico, que aspira a actualizar el marxismo a tono con el último cuarto del siglo XX asimilando la economía neoclásica, la filosofía analítica, la teoría de los juegos, y

la teoría de la estratificación (Cohen 1978; Elster 1985; Roemer 1986, 1988; Wright 1985; Przeworski 1985). El objetivo es establecer una verdadera ciencia marxista casando las técnicas de las modernas ciencias sociales con todo lo válido y útil del marxismo. Pero al intentar consumir la verdad de todos los marxismos anteriores, el marxismo analítico saca al marxismo de la historia, eclipsando los desafíos históricos que han sido el “motor” de su desarrollo teórico. Aislándose de su propia historicidad mientras hace un fetiche de la claridad y el rigor, el marxismo analítico se atrofia como ciencia.

De cara a la contemporánea proliferación de anomalías, el marxismo analítico retrocede frente a la historia, mientras que una tendencia moderna igualmente importante es la de dejarse absorber por la historia. Desde esta perspectiva, la debilidad de los movimientos de la clase obrera y el menguante compromiso socialista conducen a algunos marxistas más allá del marxismo, y a abrazar indiscriminadamente nuevos movimientos sociales de carácter no-clasista o poli-clasista, tales como el feminismo, los movimientos por los derechos cívicos, ambientalistas y pacifistas (Laclau y Mouffe, 1985; Boggs, 1986). Semejante “post-marxismo” reemplaza la primacía de la explotación económica por variopintas formas de dominación, y en lugar de un socialismo sin clases su finalidad es la democracia radical (Bowles y Gintis 1986). El post-marxismo se pierde en la maraña de la historia donde todo es importante y la explicación, por tanto, es imposible. No posee ni una heurística negativa que protege un núcleo duro de supuestos, ni una heurística positiva con sus ejemplares (exemplars) y su maquinaria de resolución de problemas. Más aún, hace un fetiche del rechazo de toda heurística, y por tanto no tiene modo de seleccionar anomalías de la historia, ni mecanismo para absorberlas. Sin heurística, el post-marxismo carece de timón. No tiene historia interna y por tanto no crece como ciencia.

La historia interna y la historia externa son mutuamente constitutivas: el colapso de una lleva al colapso de la otra. Si el marxismo analítico se aísla a sí mismo de los desafíos históricos, el post-marxismo abandona la autonomía teórica característica del marxismo. El resultado es el mismo en ambos casos: una limitada capacidad para reconocer primero y luego digerir las anomalías. Ninguno de los dos ha tenido mucho que decir sobre el más profundo desafío al marxismo, a saber, el colapso del socialismo de estado. Los gigantescos acontecimientos de 1989 y 1990 requieren una nueva rama del marxismo que sostenga la mutua interdependencia de desafíos históricos y desarrollo teórico, una rama que eche luz retrospectiva sobre ramas anteriores así como sobre el núcleo marxista.

No puede ser muy equivocado retornar a aquellas tradiciones “disidentes” al interior del marxismo, que atendieron a los aspectos inestables y dinámicos de la

(791)

Unión Soviética. Trotsky y sus seguidores, por ejemplo, caracterizaban a la Unión Soviética como una forma transicional entre el capitalismo y el socialismo, y por tanto inherentemente inestable. Al concluir su análisis de la degeneración de la sociedad soviética, Trotsky escribió: "La caída de la actual dictadura burocrática, en caso de no ser reemplazada por un nuevo poder socialista, significaría por tanto un retorno a las relaciones capitalistas con una catastrófica declinación de la industria y la cultura" (Trotsky (1936) 1972, p. 251)).

Otros han señalado el carácter *sui generis* de la Unión Soviética y trataron de determinar su dinámica. Konrad y Szelenyi (1979) explicaron el socialismo de estado como una sociedad basada en la apropiación y la redistribución centralizada del excedente. La clase

dominante de “redistribuidores teleológicos” legitimaba su apropiación en nombre del interés colectivo. La definición de ese interés colectivo es un asunto inherentemente intelectual y, en consecuencia, argumentaron que los intelectuales estaban en camino a ser clase dominante.

Anticipando la crisis actual de lo que llama el "socialismo realmente existente", el marxista disidente Rudolf Bahro mostró cómo la propiedad centralizada de los medios de producción entorpecía a las fuerzas productivas y a la vez generaba un "excedente de conciencia" con potencial revolucionario (P2 y P3). El avance tecnológico reclama mayores niveles de educación en todas las clases, lo que a su vez engendra su propia oposición.

Cuanto más se prolongue la actual situación, más el aparato empuja a la desesperación a los elementos pensantes de la sociedad, más consecuentemente obstaculiza que alcancen por sí mismos la comprensión de los posibles cambios, por tanto más apuntan todas las energías simplemente hacia la destrucción del aparato, y correspondientemente mayor ha de ser el caos inicial de las concepciones, mayor el peligro de la mera desorganización (1978, p. 308).

En la transición del socialismo "realmente" existente al capitalismo, la reacción a la atmósfera política e ideológica del pasado ha sido crucial para modelar las configuraciones de la lucha de clases (P4). En todos los países del Este europeo, con la posible excepción de Bulgaria, el discurso ideológico fue dominado por el anticomunismo, la democracia y la libre empresa. La clase obrera no ha tenido ni el espacio ideológico ni la capacidad política para defender sus propios intereses.

Si P1, P2, P3 y P4 funcionan mejor aplicados al socialismo de estado que al capitalismo avanzado, parecería que el desafío mayor recae sobre P6 y P7. A primera vista la transición del socialismo de estado al capitalismo es una inversión del movimiento progresivo del feudalismo al capitalismo y al comunismo (P6). Pero P5 sostiene que una transición exitosa más allá del capitalismo sólo puede acontecer cuando se cumplen las condiciones materiales. Que el socialismo nunca podía surgir en la atrasada Rusia sin la revolución en Occidente era una tesis central de todo el marxismo de Marx a Kautsky y Luxemburgo, de Plejanov a Trotsky y Lenin. Sólo Stalin creía en la posibilidad del socialismo en la Unión Soviética.

Más interesante y profundo es el desafío a P7: como último modo antagónico de producción, el capitalismo cierra la prehistoria de la sociedad humana. Como vimos, las interpretaciones alternativas de este postulado tradicionalmente han girado alrededor de la *posibilidad* de arribar al comunismo, cuestión que se divide en dos: primero, la probabilidad de la desaparición del capitalismo, y segundo, supuesta la desaparición del capitalismo, la probabilidad del surgimiento del comunismo. El marxismo alemán creía en la inevitable desaparición del capitalismo y el posible surgimiento del comunismo; el marxismo ruso estaba menos seguro del colapso del capitalismo pero más seguro del camino hacia el comunismo en caso de que colapsara, mientras que la creencia de la teoría crítica en la durabilidad del capitalismo convirtió al comunismo en una visión utópica.

Hoy, la creencia en la posibilidad de un futuro comunista está más intensamente asediada. No sólo el camino al comunismo está bloqueado, sino que está cuestionada la viabilidad misma de semejante sociedad. El ataque abierto al marxismo-leninismo en la Unión Soviética, su entierro en Europa del Este, y el movimiento hacia una hegemonía planetaria del capitalismo son todos argumentos que se esgrimen contra la factibilidad del socialismo. Aunque tenemos mucho que aprender de la experiencia del socialismo de estado, sería una

falacia concluir, a partir del fracaso de apenas una de sus formas, que el socialismo en general es imposible. Semejante postura como mínimo debería 1) explicar los éxitos del socialismo de estado -bajo las circunstancias más adversas- y no solamente sus fracasos, y 2) demostrar que la combinación de la propiedad pública, la democratización y los mercados es irrealizable o que no resolvería los problemas económicos del socialismo. Esta ha sido la oportunidad perdida de Europa del Este: perdida porque el socialismo de estado tan eficazmente sumió en el descrédito a su propia ideología, y porque de manera igualmente efectiva desmovilizó a su clase obrera.

Desilusionados porque los sucesos no resultaron tal como lo habían esperado, cada generación de marxistas escribe su propia versión de *El Dios que fracasó* (*The God that Failed*, Crossman 1949).

(792)

Sin embargo, el marxismo pervive porque nuevas generaciones se sienten una y otra vez atraídas por su poderosa heurística, tanto por su núcleo duro como por sus cinturones de teoría (véase por ejemplo, Gouldner 1985, parte III). En el corto plazo, la desaparición del socialismo de estado podría amenazar la viabilidad del proyecto marxista, pero creo que la vitalidad del marxismo está asegurada en el largo plazo. En primer lugar, la desaparición del socialismo de estado liberará al marxismo del efecto corrosivo del marxismo soviético, su rama más degenerada. En particular, el debate sobre los significados posibles de "socialismo", y acerca de las limitaciones del socialismo de estado ya no estará constreñido por la ortodoxia marxista-leninista y su desprecio de proyectos alternativos. En segundo lugar, dado que el capitalismo no da señales de encontrar soluciones a sus propias irracionalidades, habrá un continuo estímulo para buscar soluciones socialistas. En tercer lugar, el marxismo aún provee una comprensión fecunda de la dinámica y las contradicciones inherentes al capitalismo. Con el ascenso del capitalismo a escala mundial, el marxismo, en consecuencia, una vez más se recuperará. Por estas razones, la longevidad del capitalismo garantiza la longevidad del marxismo. Son como mellizos siameses: la desaparición de uno depende de la desaparición del otro.

MICHAEL BURAWOY es Profesor de Sociología en la Universidad de California, Berkeley. En la última década ha trabajado en fábricas húngaras y es autor con János Lukács del libro The Radiant Past, de próxima aparición. Es también coautor de un libro sobre la observación participante y el método de caso extendido (extended case method), Ethnography Unbound.

REFERENCIAS

- Alexander, Jeffrey. 1982. *Positivism, Presuppositions, and Current Controversies*. Berkeley: University of California Press.
- Anderson, Perry. 1976. *Considerations on Western Marxism*. Londres: Verso Books.
- Arato, Andrew y Paul Breines. 1979. *The Young Lukacs and the Origins of Western Marxism*. Nueva York: Seabury Press.

- Bahro, Rudolf, 1978. *The Alternative in Eastern Europe*. Londres: Verso Books.
- Bernstein, Eduard, [1899] 1961. *Evolutionary Socialism*. Nueva York: Schocken.
- Bernstein, Howard, 1981, "Marxist Historiography and the Methodology of Research Programs". *History and Theory* 20: 424 - 49.
- Boggs, Carl. 1986. *Social Movements and Political Power*. Philadelphia: Temple University Press.
- Bowles, Samuel y Herbert Gintis. 1986. *Democracy and Capitalism*. Nueva York: Basic Books.
- Cardoso, Fernando y Enzo Faletto. 1979. *Dependency and Development in Latin America*. Berkeley: University of California Press.
- Cohen, G.A.. 1978. *Karl Marx's Theory of History: A Defence*. Oxford: Oxford University Press.
- Crossman, R.H.S.. Compil. 1949. *The God That Failed*. Nueva York: Harper and Row.
- Durkheim, Emile. [1896] 1958. *Socialism and Saint-Simon*. Yellow Springs, Ohio: Antioch Press.
- Elster, Jon. 1985. *Making Sense of Marx*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Evans, Peter, Dietrich Rueschemayer y Theda Skocpol. Compil. 1985. *Bringing the State Back In*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Evans, Peter y John Stephens. 1989. "Studying Development since the Sixties: The Emergence of a New Comparative Political Economy". *Theory and Society* 17: 713 - 46.
- Feyerabend, Paul K. 1975. *Against Method*. Londres: Verso.
- 1981. *Problems of Empiricism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gay, Peter. 1952. *The Dilemma of Democratic Socialism*. Nueva York: Columbia University Press.
- Gouldner, Alvin. 1980. *The Two Marxisms*. Nueva York: Seabury Press.
- 1985. *Against Fragmentation*. Nueva York: Oxford University Press.
- Gramsci, Antonio. 1971. *Selections from the Prison Notebooks*. Nueva York: International Publishers.
- Habermas, Jürgen. 1984. *The Theory of Communicative Action*. Vol. I: *Reason and Rationalization of Society*. Boston: Beacon Press.
- 1987. *The Theory of Communicative Action*. Vol. II: *Lifeworld and System*. Boston: Beacon Press.
- Hacking, Ian. 1981. "Lakatos's Philosophy of Science", en Ian Hacking. Compil. *Scientific Revolutions*. Oxford: Oxford University Press, pp. 128-43.
- 1983. *Representing and Intervening*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Harding, Neil. 1983. *Lenin's Political Thought*. Dos vols. Londres: MacMillan.
- Hilferding, Rudolf. [1910] 1981. *Finance Capital*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Horkheimer, Max. 1972. *Critical Theory*. Nueva York: Seabury Press.
- Horkheimer, Max y Theodor Adorno. [1944] 1972. *Dialectic of Enlightenment*. Nueva York: Seabury Press.
- Hughes, Stuart. 1958. *Consciousness and Society*. Nueva York: Alfred K. Knopf.
- Jacoby, Russell. 1981. *Dialectic of Defeat*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Jay, Martin. 1984. *Marxism and Totality*. Berkeley: University of California Press.
- Kautsky, Karl. [1891] 1971. *The Class Struggle*. Nueva York: Norton.
- 1909. *The Road to Power*. Chicago: Samuel Bloch.
- Kolakowski, Leszek. 1978. *Main Currents of*
-

- Marxism, Vol. III, The Breakdown*. Oxford: Oxford University Press.
- Konrad, George e Ivan Szelenyi. 1979. *Intellectuals on the Road to Class Power*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Kuhn, Thomas. 1962. *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- 1970. "Logic of Discovery or Psychology of Research", pp. 1-25 en *Criticism and the Growth of Knowledge*, compil. por Imre Lakatos y Alan Musgrave. Cambridge: Cambridge University Press.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. 1985. *Hegemony and Socialist Strategy*. Londres: Verso Books.
- Lakatos, Imre. 1978. *The Methodology of Scientific Research Programmes*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Laudan, Larry. 1977. *Progress and its Problems*. Berkeley: University of California Press.
- Lenin, V. I. 1967. *Selected Works* (Three Volumes). Moscow: Progress Publishers.
- Lichteim, George. 1961. *Marxism*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Lukacs, Georg. [1922] 1971. *History and Class Consciousness*. Cambridge: MIT Press.
- Luxemburg, Rosa. [1913] 1951. *The Accumulation of Capital*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Marcuse, Herbert. 1955. *Eros and Civilization*. Boston: Beacon Press.
- 1964. *One Dimensional Man*. Boston: Beacon Press.
- 1969. *An Essay on Liberation*. Boston: Beacon Press.
- Marx, Karl. [1844] 1975. *Economic and Philosophical Manuscripts*. Pp. 279-400 en *Early Writings*. Nueva York: Viking Press.
- [1845] 1978. *Theses on Feuerbach*. Pp. 143-5 en *The Marx-Engels Reader*, compil. por Robert Tucker. Nueva York: Norton.
- [1850] 1964. *The Class Struggles in France*. Nueva York: International Publishers.
- [1852] 1963. *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*. Nueva York: International Publishers.
- [1867] 1967. *Capital. Vol. I*. Nueva York: International Publishers.
- [1885] 1967. *Capital. Vol. II.* Nueva York: International Publishers.
- [1894] 1967. *Capital. Vol. III*. Nueva York: International Publishers.
- [1871] 1968. *The Civil War in France*. Nueva York: International Publishers.
- Marx, Karl y Friedrich Engels. [1848] 1978. *The Communist Manifesto*. Pp. 469-500 en *The Marx-Engels Reader*, compil. por Robert Tucker. Nueva York: Norton.
- Newton-Smith, W.H. 1981. *The Rationality of Science*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Polan, A.J. 1984. *Lenin and the End of Politics*. Berkeley: University of California Press.
- Polanyi, Michael. 1958. *Personal Knowledge*. Chicago: University of Chicago Press.
- Pollock, Friedrich. 1978. "State Capitalism: Its Possibilities and Limitations" Pp. 71-94 en *The Essential Frankfurt School Reader*, compil. por Andrew Arato y Eike Gebhardt. Nueva York: Urizen Books.
- Popper, Karl. 1945. *The Open Society and Its Enemies. Vol. II*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- 1963. *Conjectures and Refutations*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

- Przeworski, Adam. 1985. *Capitalism and Social Democracy*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Roemer, John, compil. 1986. *Analytical Marxism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1988. *Free to Lose*. Cambridge: Harvard University Press.
- Schorske, Carl. 1955. *German Social Democracy, 1905-1917*. Nueva York: Russell & Russell.
- Seidman, Gay. 1990. "The Emergence of Radical Labor Movements in South Africa and Brazil". Tesis doctoral inédita, Universidad de California, Berkeley.
- Trotsky, Leon. [1906] 1969. *Results and Prospects*. Pp. 36-112 en *The Permanent Revolution and Results and Prospects*. Nueva York: Pathfinder.
- [1930] 1977. *The History of the Russian Revolution*. Londres: Pluto.
- [1936] 1972. *The Revolution Betrayed*. Nueva York: Pathfinder.
- Tucker, Robert, compil. *The Marx-Engels Reader*. Nueva York: Norton.
- Tudor, H. y J.M. Tudor, compils. 1988. *Marxism and Social Democracy: The Revisionist Debate, 1896-1898*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Warren, Bill. 1980. *Imperialism: Pioneer of Capitalism*. Londres: Verso Books.
- Waters, Alice, compil. 1970. *Rosa Luxemburg Speaks*. Nueva York: Pathfinder.
- Worrall, John. 1978. "The Ways in Which the Methodology of Scientific Research Programmes Improves on Popper's Methodology"; pp. 55-7 en *Progress and Rationality in Science*, compil. por Gerard Radnitzky y Gunnar Andersson. Dordrecht, Holanda: D. Reidel.
- Wright, Erik. 1985. *Classes*. Londres: Verso Books.